acuerdo a un *Plan de Escuelas* para Valencia y sus arrabales, para que la orden se hiciese cargo de las escuelas de la ciudad. Contaba con el respaldo del arzobispo Fabián y Fuero y se puede confirmar la mano del padre Feliu en su redacción. La respuesta del padre Jericó en 1782 fue positiva, pero el Consejo temió el monopolio escolapio, como antes el jesuítico, y no aprobó el plan que era ambicioso en su vertiente didáctica y económica. La preocupación por solucionar los problemas educativos era general, y los escolapios estaban dispuestos a asumir la enseñanza pública valenciana a cambio de un salario. En una línea regalista pretendían hacer de las Escuelas Pías una institución útil al Estado, de los escolapios súbditos de hombres sabios y amantes de la patria y sus colegios independientes unos de otros. En 1779 se habían hecho cargo de las escuelas de San Camilo de forma gratuita.

La Sociedad Económica hacía público un informe en 1807 firmado por el marqués de Valera y otros. La educación se convertía en verdadera obsesión y mientras alababa el plan de Godoy señalaba los defectos valencianos, como la despreocupación de padres y ayuntamientos, la falta de aulas y de maestros y la escasez de conocimientos. Criticaba la enseñanza maquinal incapaz de convencer al entendimiento, la manía de enseñar la gramática latina descuidando la lengua vulgar y los malos maestros.

POBLACIÓN ESCOLAR DE LA CIUDAD DE VALENCIA EN EL SIGLO XVIII

(Edades comprendidas entre 7 y 16 años)

	1716	1727	1766	1787
Varones	2.400	2.877	3.700	5.109
Hembras	2.077	2.554	3.545	4.968
TOTALES	4.472	5.411	7.245	10.077

Fuente: T.M. Hernández y V. León Navarro, (1998), p. 318

El volumen alcanzado en Valencia por la impresión de pliegos de cordel a mediados del XVIII era tan notorio, que el control sobre su venta se convirtió en un apetecible negocio. Así, la cofradía de ciegos oracioneros existente en la ciudad desde 1329 y que hasta entonces había tenido el rezo de oraciones como su oficio principal, inició en 1748 un proceso judicial para defender el monopolio sobre la venta de pliegos sueltos que pretendían haber obtenido de Fernando VI.

Ciegos en la puerta de la Seo, grabado de Gustave Doré, en *Voyage en Espagne* de Ch. Davillier y G. Doré.

La transmisión de la cultura popular

[Juan Gomis Coloma –*uveg*–]

Es bien conocido el lugar destacado que ocupa la ciudad de Valencia en la temprana introducción y desarrollo de la imprenta de la mano de los comerciantes alemanes Jacobo y Felipe Vizlant, así como de los maestros Lambert Palmart y Alfonso Fernández de Córdoba, cuyos talleres muestran el dinamismo tipográfico que conoció la ciudad ya en la década de 1470. El siglo XVI nos lega nombres de insignes impresores que desarrollaron su labor en Valencia: Juan Rosenbach, Pedro Hagenbach, Juan Mey, Joan Jofre, Juan Navarro, Jorge Costilla... (Berger, 1987).

Además de los orlados y costosos volúmenes, de ardua y esmerada elaboración, todos estos impresores recurrieron a la impresión masiva de hojas volantes y folletos, las llamadas *menudencias de imprenta*. La rápida producción y el bajo coste de estos papeles menudos los convirtieron desde bien pronto en un medio recurrente empleado por los talleres para sortear la quiebra, amenaza constante debido a las penurias inherentes a los negocios tipográficos, sobre todo en los primeros tiempos. Las menudencias requerían tan sólo una pequeña inversión y ofrecían una rentabilidad considerable, al facilitar su bajo precio la venta de numerosos ejemplares. Dentro del

Siguiendo la senda de su padre, Joan Baptista Timoneda encabezaría a finales del siglo XVI un ambicioso proyecto editorial basado en la publicación de menudencias a partir de series numeradas, que invitaban al público a su colección y ampliaban por tanto las expectativas de venta. Estas conocidas «series valencianas», publicadas entre 1589 y 1600, se enmarcan en un periodo especialmente floreciente para la literatura de cordel valenciana.

QVARTO
Quaderno de va
rios Romances los mas modernos
que hasta hoy se han can-
tado.
1 Romance de los Figueroas.
2 Temerario pensamiento.
3 Acotaua la niña a la saya.
4 Siguidillas.
5 Mira Fatima la fiesta.
Impresso en Valencia, junto al Molino
de Rouella. Año 1597.
Vendese en casa de Iuan Baptista Timo
neda junto a la Merced.

Portada de uno de los cuadernillos de las «series valencianas». Biblioteca Universitaria de Pisa.

vasto conjunto de los folletos y hojas sueltas, la literatura de cordel goza de entidad propia por la variedad y cantidad de sus materiales impresos (Rodríguez-Moñino-Askins-Infantes, 1997; García de Enterría, 1973; Caro Baroja, 1969). A lo largo de sus cuatro siglos de existencia, se constituyó como un proyecto editorial coherente que tenía por fin alcanzar al mayor número de lectores (y oyentes) posible, uniendo a su bajo precio unos contenidos destinados a la difusión oral (con el predominio del romance) y un destacado protagonismo de la imagen (con sus toscos grabados), lo que permitía a estos impresos franquear las barreras entre letrados e iletrados. La literatura de cordel es, por este motivo, un rico filón para aproximarse al esquivo y problemático ámbito de la cultura popular.

A pesar de la precaria conservación de estos materiales por la fragilidad de sus soportes (hojas y pliegos sueltos doblados o rudamente cosidos), sabemos que los establecimientos tipográficos de la ciudad de Valencia dedicaron sus prensas desde bien pronto a la literatura de cordel, cuya producción alternaron con encargos de mayor enjundia. Así, en 1521 Joan Jofre publicó en pliegos sueltos dos títulos del popular Hernán López de Yanguas, el *Diálogo del mosquito* y los *Triunfos de locura*; en 1528 las prensas valencianas sacaban a la luz el *Triunfo de Nuestra Señora en coplas*, de Francisco de Gracia; incluso el célebre Juan Mey, impresor de refinados y costosos volúmenes, hizo un hueco en su taller para publicar en 1550 las *Cincuenta vivas preguntas con otras tantas respuestas*, obra también de López de Yanguas. La importancia de las menudencias para las primeras imprentas de Valencia viene corroborada asimismo por las diversas menciones a estos materiales que encontramos en los inventarios de bienes de estos tempranos maestros tipógrafos (Berger, 1987, 111).

Sin duda, una de las figuras más sobresalientes en el panorama de la literatura de cordel del siglo XVI fue Joan Timoneda, zurrador, poeta y librero, que trató de sacar el máximo provecho de los papeles menudos mediante la edición de obras propias y la venta de ejemplares. Su interés por las menudencias se remonta al menos hasta 1552, cuando dirigió una solicitud al príncipe Felipe, gobernador general de los reinos de la Corona de Aragón, con el fin de obtener licencia de impresión para unas obras «assí de coplas como de romances, chistes, comedias, farsas, autos de sagrada scriptura, y otras obras de varias historias» que tenía compuestas.

Siguiendo la senda de su padre, Joan Baptista Timoneda encabezaría a finales del siglo XVI un ambicioso proyecto editorial basado en la publicación de menudencias a partir de series numeradas, que invitaban al público a su colección y ampliaban por tanto las expectativas de venta. Estas conocidas «series valencianas», publicadas entre 1589 y 1600, se enmarcan en un periodo especialmente floreciente para la literatura de cordel valenciana, calificado de excepcional por un experto en la materia como Antonio Rodríguez-Moñino: para un lapso de apenas 20 años se conocen al menos 117 pliegos sueltos impresos en Valencia, cifra nada desdeñable que constituye sólo un indicio de los abundantes títulos que debieron publicarse por entonces (Rodríguez-Moñino, 1963; Romero de Lecea, 1974).

En contraste con esta prolífica etapa, apenas conocemos pliegos sueltos publicados en Valencia en la centuria siguiente. Las escasas referencias bibliográficas tan sólo subrayan la necesidad de estudios centrados en dicha etapa, marcada por el declive de la industria tipográfica en toda España, sumida en una crisis que sin duda empujó a muchos talleres valencianos a la producción de menudencias como medio para sobrevivir.

Fue un pequeño establecimiento, compuesto por apenas dos prensas, el que ostentó en el siglo XVIII el protagonismo indiscutible en la producción de pliegos de cordel, no sólo en Valencia sino en toda España. Nos referimos a la imprenta de Agustín Laborda y Campo (1714-1776), situada en el número 18 de la calle Bolsería. Laborda inició un exitoso proyecto editorial que tendría en la literatura de cordel su base primordial, abarcando prácticamente todos los materiales que conformaban el género: romances, historias, relaciones de sucesos, entremeses, relaciones de comedias, *col·loquis* (piezas en valenciano, de marcado carácter teatral y contenidos satíricos, entre cuyos autores destacaron Carles Ros, Joan Baptista Escorigüela y Carles Leon), aleluyas, aucas y estampas.

Auca impresa por Agustín Laborda, en *Aucologia valenciana* de R. Gayano Lluch.

Ilustración de la portada del *Col·loqui del nas*. Fondo Serrano Morales, Archivo Municipal de Valencia.

En el siglo XVIII la literatura de cordel conoció una divulgación sin precedentes: para alarma de las elites cultivadas, la difusión por plazas y caminos de los romances milagreros, de guapos y bandoleros, las sátiras y coplas burlescas, las historias de cuño medieval, las relaciones de sucesos extraordinarios, las innumerables estampas devocionales, las aucas y aleluyas, fue de una extraordinaria intensidad (MARCO, 1977; RODRÍGUEZ SÁNCHEZ DE LEÓN, 1996). Numerosos libreros e impresores en Valencia decidieron explotar el lucrativo negocio de las menudencias, especialmente desde mediados de siglo: Cosme Granja, Pedro Vidal, Francisco Lecha, José Alagarda, Vicente Navarro o Vitoriano Andreu son algunos de ellos. Por el volumen y la calidad de sus producciones, destaca entre los mencionados la dinastía impresora de los Orga, que junto a títulos de hondo calado intelectual (como las obras de Mayans, o la traducción que hizo el escolapio Felipe Scio de San Miguel de la *Biblia Vulgata*) inauguraron en 1761 una serie de comedias sueltas que alcanzó gran fama en toda España (BAS MARTÍN, 2005 y 2007).

Grabado de la serie «Dobles rostros» de Baltasar de Talamantes. Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, Valencia.

Sin embargo, fue un pequeño establecimiento, compuesto por apenas dos prensas, el que ostentó en el siglo XVIII el protagonismo indiscutible en la producción de pliegos de cordel, no sólo en Valencia sino en toda España. Nos referimos a la imprenta de Agustín Laborda y Campo (1714-1776), situada en el número 18 de la calle Bolsería. Laborda inició un exitoso proyecto editorial que tendría en la literatura de cordel su base primordial, abarcando prácticamente todos los materiales que conformaban el género: romances, historias, relaciones de sucesos, entremeses, relaciones de comedias, *col·loquis* (piezas en valenciano, de marcado carácter teatral y contenidos satíricos, entre cuyos autores destacaron Carles Ros, Joan Baptista Escorigüela y Carles Leon), aleluyas, aucas y estampas. La colaboración entre Laborda y Baltasar de Talamantes, uno de los artistas más destacados en el ámbito del grabado popular, dio especial calidad a muchas de sus publicaciones (ESPINÓS, 1990 y 2006).

La fortuna con la que contaba Laborda al final de sus días (cercana a las diez mil libras) constituye la mejor prueba del éxito que cosechó su excelente negocio de *menudencias*, orientado tanto hacia el consumo local como hacia la distribución de resmas de ejemplares por toda la geografía española: imprentas, librerías y pequeños puestos de muchas ciudades se surtieron de los papeles salidos de la Bolsería.

El volumen alcanzado en Valencia por la impresión de pliegos de cordel a mediados del XVIII era tan notorio, que el control sobre su venta se convirtió en un apetecible negocio. Así, la cofradía de ciegos oracioneros existente en la ciudad desde 1329 y que hasta entonces había tenido el rezo de oraciones como su oficio principal, inició en 1748 un proceso judicial para defender el monopolio sobre la venta de pliegos sueltos que pretendían haber obtenido de Fernando VI. El proceso, que se prolongó hasta 1777, evidencia el alto nivel de producción y la intensa difusión que conoció la literatura de cordel en la Valencia del siglo XVIII. Lo cierto es que esta proliferación de pliegos sueltos no fue sino un punto álgido más en el proceso de desarrollo de la imprenta popular en la ciudad de Valencia, muy activo, como hemos visto, desde sus inicios.